



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

Artículos

Algunas reflexiones a
propósito del tiempo y
del 'deber de memoria'

Marcela González B.

RESUMEN

EL PRESENTE ARTÍCULO PROPONE CIERTAS CONSIDERACIONES CLÍNICAS PARA LA REFLEXIÓN DE LA EXPERIENCIA SUBJETIVA MARCADA POR SITUACIONES DE VIOLENCIA POLÍTICA EXTREMA. SUBRAYA, EN SU DESARROLLO, LA NOCIÓN DE TRAUMA, LAS TRAMPAS DE LA VICTIMIZACIÓN COMO MODO DE REPRESENTACIÓN DE LA EXPERIENCIA, Y PLANTEA PREGUNTAS QUE PERMITAN EXPLORAR POSICIONES DIVERSAS, DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL PSICOANÁLISIS.

PALABRAS CLAVES: VIOLENCIA POLÍTICA, VICTIMIZACIÓN, TRAUMA

ABSTRACT

THE PRESENT ARTICLE PROPOSES SOME CLINICAL CONSIDERATIONS TO BE TAKEN INTO ACCOUNT FOR THE REFLECTION ON THE SUBJECTIVE EXPERIENCE IMPRESSED BY SITUATIONS OF EXTREME VIOLENCE. THE NOTION OF TRAUMA, AS WELL AS THE VICTIMIZATION TRAPS ARE HIGHLIGHTED AS A WAY TO REPRESENT THESE EXPERIENCES. SOME QUESTIONS ARE ALSO RAISED THAT MAY FAVOR THE EXPLORATION OF DIFFERENT POINTS OF VIEW FROM A PSYCHOANALYTIC PERSPECTIVE.

KEY WORDS: POLITICAL VIOLENCE, VICTIMIZATION, TRAUMA

Algunas reflexiones a propósito del tiempo y del 'deber de memoria'

Marcela González B.¹

*Les hicieron lo que no tenía nombre
y luego lo ocultaron con cal,
para borrar las caras,
para disolver los huesos,
para que no quedaran nombres,
ni huellas,
ni rastro,
y dijeron que nunca habían existido
para despojarnos de toda palabra.
Todo lo borraron
menos el recuerdo
a condición de que no fuera proclamado.
Entonces,
al cabo de los años
ya que no podemos castigarlos
rescatamos lo único que nos era rescatable
la palabra crimen,
con la esperanza
de que el verbo se hiciera carne.
No es poca cosa, créanme,
aunque no sea mucho,
al menos un espejo en el que Chile puede
mirarse
las hediondeces
que nos estaban penando.
No fue mucho lo que rescatamos,
pero, créanme,
algo valen aun las palabras.*

(Comisión Rettig, Jorge Correa Sutil)

¹ Marcela González. Psicóloga. Docente Escuela de Psicología. Universidad Andrés Bello.

He elegido comenzar con este poema, pues la cuestión de la memoria, la repetición y el olvido, me conmina a ir de lleno al asunto de la posibilidad o imposibilidad del olvido (qué decir del perdón), a propósito de la noción de trauma, del tiempo transcurrido, y de las consecuencias que estos tienen en el pensamiento de una posible reparación y reconciliación en Chile.

Intentaré considerar dos acepciones del concepto de trauma: por un lado, a partir de llamados procesos de traumatización extrema; y, por otra, el trauma como estructurante psíquico, consustancial a la inclusión del sujeto en el lazo social conformado por el discurso, que nos permite relacionarnos unos con otros.

Sobreviviendo al horror y a la muerte

Durante los últimos años, la sociedad chilena ha debido encarar e intentar resolver el tema de la reparación en las víctimas de la dictadura: los torturados, los retornados, los familiares de detenidos desaparecidos que han ido alzando la voz, en su clamor por justicia².

Un importante sector de la ciudadanía es partidario de revivir o reconstruir la memoria perdida, amordazada durante años, como un modo de asegurar el que ‘nunca más en Chile’. Se conjura así, para que no funcione como oráculo, la cuestión planteada por el psicoanálisis en sus inicios, que “Los que no pueden recordar el pasado, están condenados a repetirlo” (George de Santayana). Es decir, que el saber, el recuerdo, la continuidad discursiva, permitirían la elaboración necesaria del pasado para su tramitación e integración.

Lo que constatamos, es que a más de treinta años de un acontecimiento socialmente traumático y fragmentador, como fue el golpe de Estado en

Chile y la política de guerra interna que fue instalada, las heridas siguen abiertas, el país polarizado entre los que aún justifican la intervención militar y los que la rechazan de plano, y los intentos oficiales de reparar (fundamentalmente mediante lo económico), se encuentran con la barrera de lo insuficiente y humillante.

Todo lo anterior, nos remite entonces a nuevas preguntas:

En primer lugar, si es posible incluso pensar en reparación, sin el esclarecimiento anhelado, sin hacer oídos del ‘juicio y castigo a los culpables’ escrito en las murallas de la ciudad desde entonces.

Y más allá de esto aun, ¿es que es posible realmente REPARAR?

En rigor, la ‘reparación’ alude a un procesamiento individual y social del trauma, que implica un reconocimiento que posibilita a las víctimas dejar de ser marginales, y que permite que su verdad pueda ser integrada dentro de la verdad oficial compartida responsablemente por el conjunto de la sociedad.

Por una parte, ese ideal de reparación en el que se han basado los lineamientos clínicos y políticos en el mundo, se fundamenta en un esclarecimiento con justicia, y es en este punto donde la situación se convierte en un laberinto sin salida en Chile. Sin justicia que les permita a estas personas reintegrar su historia, muchas veces clandestina, al contexto político donde todo esto ocurría, y que permita determinar responsables –aun si después desisten de acciones contra ellos, como se ha visto muchas veces entre los familiares cuando recuperan los restos desaparecidos-, más aun, sin saber del destino de esos cuerpos, ¿cómo hablarles de perdón?

¿Cómo hablarles de olvido si ellos corren contra el tiempo, sabiendo que éste borra implacablemente los vestigios de reconocimiento posibles, y que mientras más se demoren menos

² Esta problematización de la necesidad de reparación individual y colectiva, la abordé anteriormente en *Trauma, memoria y reparación*, en ‘Psicología Jurídica: aproximaciones desde la experiencia’, Edit. Elías Escaff y Francisco Maffioletti. UDP editores, 2004.

posibilidades tendrán de recuperar algo de ese cuerpo perdido y de saber qué pasó? Podemos preguntarnos si es precisamente esta inseguridad lo que angustia y encoleriza a los deudos –interesante palabra para referirse a ‘los que quedan en deuda’ de hacer justicia- impidiendo hacer un duelo que eventualmente pueda cerrarse. Porque pareciera que cuando esto ocurre, cuando se encuentra un resto, por mísero que parezca, un resto que permita la identificación, recién ahí puede venir el alivio y la paz de haber saldado la deuda con el ausente.

Es una tarea titánica, y por cierto algo contradictoria, intentar esta reparación en un país que mantiene el doble discurso, entrampado por todos lados para mantener las cosas tal como están. No es difícil imaginar la desazón, y el eventual recrudecimiento del trauma, en las personas que intentando el difícil proceso del perdón, asisten a los sucesos que cada cierto tiempo se hacen públicos en Chile: la ostentación de la impunidad jurídica y social de los responsables; la negativa pública de asumir la más mínima responsabilidad por los excesos cometidos; la aparición esporádica en los medios de personas que protagonizaron violencia política; el encuentro de más osamentas; los desmentidos y contradesmentidos sobre los paraderos de las víctimas, ahora último, el escándalo por los errores incurridos en el Patio 29, etc. Los anteriores son elementos nocivos que por una parte privatizan el daño, dejando en la esfera de lo íntimo, individual y patológico el trauma, impidiendo interpretar la situación vivida como una situación anormal y enferma; y por otra parte, esquivan un reconocimiento que les devuelva la dignidad perdida junto a un lugar en la sociedad.

A este respecto, un papel fundamental en la transmisión de la memoria, lo han detentado las mujeres, tanto las madres/abuelas de la Plaza de Mayo en Argentina, como las mujeres chilenas de la Agrupación de familiares de detenidos desaparecidos y otras organizaciones de mujeres han detentado para sí mismas, para sus familias y para

la sociedad, el lugar de transmisión de la memoria de un pueblo con tendencia al olvido.

¿Será que en ellas, sobrevivientes de la hecatombe, abuelas, madres, esposas, hermanas se sostiene la necesidad de mantener viva la memoria del trauma, impedir que el tiempo se lo lleve todo?

Y por otro lado, si es cierto que las víctimas del horror habitualmente no pueden hablar de este, ¿será que las mujeres se encargan de hablar por ellos, por los que no pueden o no pudieron?

Efectivamente el trauma se rodea de silencio, de un real ensordecedor en tanto mudo. Este real que no cesa de no escribirse, y de no hablarse. ¿Por qué algunos pueden hablar de lo acontecido y otros no? ¿Se trata –como podríamos pensar siguiendo una postura terapéutica clásica- de dejar pasar el tiempo necesario para sanar las heridas, para integrar el dolor?

Sabemos que para las víctimas se trata de una experiencia de la que ya no se quiere/puede saber, por tanto sólo queda el silencio; pero gran problema aquí: ¿sirve el silencio para reparar, o es sólo que no hay otra posibilidad?

En este contexto, ¿es posible postular un proceso terapéutico incitador de la reparadora simbolización, con el objeto de ‘poner en palabras lo innombrable’ para poder transformar el trauma en recuerdo, y dejarlo atrás? Vemos que este objetivo terapéutico subyace en muchos intentos terapéuticos para abordar el horror de lo vivido.

Sin considerar todavía, si este objetivo es plausible de sostener, la otra pregunta que se abre a discusión para el psicólogo que entrevista, es cuál sería el costo de su interpelación para el hablante, y cuál es el cuidado a tener para evitar que ésta se transforme en re-victimización.

Ante el problema que constituye por una parte el silencio y por otra, la conminación a decir el horror, el escritor Jorge Semprún, sobreviviente

del Campo de Concentración de Büchenwald, refiere que su silencio posterior con respecto a lo vivido, fue el único modo de sobrevivir, ya que el relato se le asemejaba a un 'cáncer luminoso' que frase a frase le devoraba la vida, al punto de pensar que sólo con un suicidio podría concluir voluntariamente su tarea de luto inacabada e interminable...

Entonces, surge el amor. Semprún dice: "Gracias a ella, que no sabía nada, que nunca supo nada, yo había vuelto a la vida. Es decir al olvido: la vida tenía ese precio. Olvido deliberado, sistemático, de la experiencia del Campo. Olvido de la escritura, igualmente.... Tenía que escoger entre la escritura y la vida, había escogido ésta. Había escogido una prolongada cura de afasia, de amnesia deliberada, para sobrevivir" (Semprún, J., 1998).

Vida y olvido, la misma cosa para quien debe sobrevivir.

Y por otra parte la angustia ante el olvido, de la que Semprún también nos habla, la culpa de haber sobrevivido a los demás, la culpa de olvidar el horror, lo insoportable del olvido de tanta muerte, no sólo el olvido personal sino sobre todo histórico: 'Despertando de este sueño que era la vida, por una vez me sentía culpable de haber deliberadamente olvidado la muerte. De haber querido olvidarla, de haberlo conseguido. ¿Tenía yo derecho a vivir en el olvido? ¿A vivir gracias a este olvido, a expensas tuyas?' (Op. Cit. pag. 201).

Podemos pensar que esta misma angustia, esta culpabilidad de querer olvidar, se traspasa a quienes -sin haber experimentado directamente en sus cuerpos el horror-, se sienten sin embargo depositarios de este saber, de esta transmisión y este dolor. Me refiero especialmente a la marca que se estableció en la generación naciente, los hijos y nietos de víctimas de la dictadura, que pueden hoy estar fijando su propia identidad en la de 'víctima' de la dictadura. ¿Cómo poder mirar el trauma y la víctima sin revictimizarla con

la compasión que supone tal nominación? ¿Qué pasa con la posición de víctima a la que el sujeto queda fijado al ser nominado por otro? ¿De qué se alimenta esta posición, cómo detenerla, qué papel tienen aquí las instituciones? ¿Cuántas personas hoy, hijos e hijas de detenidos desaparecidos, de torturados políticos; es decir segunda o incluso tercera generación de esta traumatización, ven sus vidas paralizadas, estancadas en torno a este significante 'víctima', sintiendo que es su deber de memoria ser testigos vivientes de los que ya no están, testigos de la vivencia ajena, por amor, por culpa, por rabia. Podrán debatirse en la consulta entre la ambivalencia de no saber qué más hacer para **merecer** la identificación con este lugar; o de no saber qué hacer para poder **soltarse** de esta identificación que implica tener que representar en vida esto o aquello para la mirada ajena.

¿Será que los que quedan para contar lo ocurrido, deben retomar para siempre, hasta el hartazgo, la misión de mantener vivo el recuerdo del horror, qué posibilidad le damos a ellos de olvidar, de seguir vivos?

Si sienten que son culpables de haber sobrevivido a sus seres queridos, a sus compañeros, o si sienten que el mundo les está en deuda por haber sido víctimas de este horror y que por tanto deben ser compensados, es fácil preguntarse hasta cuándo, dónde poner el límite, dónde decir 'es suficiente'. Porque si no hay posibilidad de decir 'basta ya', si no hay posibilidad de negarse a recordar para siempre, si se cree que se le debe a los muertos el estar siempre manteniendo la laceración al rojo vivo, la situación corre el riesgo de anquilosarse en la repetición de un blanco para el dolor. ¿Hasta dónde la pesadez de este pasado y la incapacidad del desprendimiento no les permite avanzar? ¿Hasta dónde no les ha permitido la construcción de un camino propio para seguir viviendo?

Hace 3 años (2003), estando en Chile el psicoanalista Marcel Czermak, al ser interrogado por la necesidad de la transmisión política de

la memoria, señaló una posición muy crítica al respecto y no exenta de polémica: “[...]Cuando era más joven,... yo me preguntaba –siendo que lo esencial de mi propia familia había sido barrido por la historia- por qué aquellos que habían sobrevivido no querían hablar. Lo que es un caso extremadamente bien conocido, por qué aquellos que han conocido lo peor no quieren hablar de eso. Pues bien... hay una razón elemental: la palabra es un goce, y desde que uno se pone a hablar de lo horrible, uno goza del horror. Y la generación siguiente, que no entendió nada, en nombre del deber de la memoria, y jodiendo a sus mayores les dicen: ‘Pero ustedes no dicen nada, no nos han explicado nada’, sin darse cuenta que ellos mismos están retomando el cuchillo. Y dicen ‘Pero si no entiendo, ¿qué puedo llegar a hacer?’. La respuesta es simple: Arrégleselas para entender lo que usted pueda.” (Czermak, M. 2003).

Lo anterior es provocador, sin duda, porque yendo nuevamente al presupuesto clínico clásico de promover el habla, y mediante ésta lograr cierta simbolización del horror, para lograr historizar un relato que conforme una “nueva” memoria en ese sujeto con la integración del dolor, ¿no es acaso desde esta mirada de lo traumático estar obligando, conminando a morir un poco más al sufriente?! ¿Es que lo obliga a la atroz ambivalencia de -mediante el solo acto del habla- gozar de lo abyecto, de su sufrimiento y el de sus compañeros? Porque el tema entonces es la posibilidad de hacer algo más que permanecer pegado en el goce mortífero y doloroso de la repetición.

Siguiendo la advertencia de Czermak, el riesgo sería no poder hacer algo distinto que ‘gozar’ de su desgracia, y de ampararse en la tragedia para decir ‘mientras no hayamos entendido, vamos a hacer lo mismo que los viejos’.

En un interesante estudio hecho en Francia a propósito de las recomposiciones de la memoria en los hijos de exiliados, a raíz de la detención de Pinochet en Londres, se defiende la tesis de que la memoria, a pesar de encontrarse ‘polarizada entre

el peso traumático del pasado y la necesidad del olvido, es una memoria que no está capturada en el pasado’ (Jedlicki, F., 2006).

Podríamos pensar que mientras se mantenga las leyes de silencio e impunidad, al no haber posibilidad de designar oficialmente un culpable reconocido, al no haber posibilidad de escuchar una petición pública de perdón, el deber de memoria no puede cumplirse, dificultando la reparación, haciendo sentir que de nada valen sus esfuerzos que sienten por delegación de los que ya no están, de atestiguar por ellos, y que los obligan a no poder liberarse de esa carga.

Con respecto entonces a las generaciones posteriores y a la memoria transmitida, podemos considerar dos posturas que se enfrentan y que se convierten en un tema importante a debatir. La primera, defiende la tesis de que en los descendientes, la transmisión de la memoria por parte de sus padres posibilita en ellos una reinterpretación, y una verdadera apropiación de una herencia política que resulta estructurante, donde ‘las trayectorias, los cuestionamientos de identidad, los vacíos de la memoria individual encuentran, por fin, un eco colectivo.’ ... redefiniendo los sentimientos de pertenencia y los lazos que con ella existen, volviéndose historia, una historia en la que ellos tienen el sentimiento de participar’ (Op. Cit.).

La otra postura en juego, realza la preponderancia del ámbito inconsciente en la conformación de los sujetos, y cómo un discurso político como el descrito puede acentuar la difícil conformación de un camino propio, que cada persona tiene como tarea.

Si recordamos que en el síntoma hay goce, si consideramos que el discurso político se emparenta con el histérico basado en la reivindicación y el reclamo, en este llamado a uniformar las condiciones, en posesionarse de un lugar de víctima del sistema, que reclama lo que no le dieron, que evidencia la deuda del Otro; en este sentido puede estar aconteciendo lo mismo que en el discurso histérico, que ‘el traumatismo es mantenido en-

tonces a toda costa. Adora su traumatismo ya que es su mejor argumento: la posición de víctima es su vocación.' (Hasenbalg, V., 2003).

Y en este sentido, desde este ánimo de entender, de saber lo que ocurrió, de reconstruir la memoria, donde Czermak vuelve a ser radical: '[...]todas las verdades, todas las explicaciones no servirán para nada, porque uno jamás aprende algo del otro, uno esta propulsado por significantes [...]que uno desconoce radicalmente, que no solamente han sido reprimidos sino determinados de un modo tal que Dios mismo no podría, y que sin embargo nos manejan como marionetas. Y esta historia de deber de memoria, que quisiera tener una dimensión pedagógica, participa de la ilusión antigua que cuando uno sabe, uno lo hace mejor, lo que es radicalmente falso' (Czermack, M., 2003).

Desconozco la respuesta para la pregunta obvia: ¿cómo abordar socialmente el problema de tal manera que no obture la necesaria búsqueda subjetiva de cada quien, derecho y responsabilidad personal? ¿Qué pasa con quienes erigieron su identidad en relación a la masacre, al trauma, donde ser víctima pasó a ser su identidad... qué otras posibilidades deja para sí alguien que se reconoce en esta categoría?

Entonces, retomando los puntos centrales de lo hasta aquí planteado:

- Una alternativa es abordar el problema racional o políticamente, aduciendo que es preciso no dejar que el tiempo borre todo, que es urgente recuperar la memoria para no hacerle el juego a la impunidad, para mantener vivo lo ocurrido, para que los muertos no lo hayan sido en vano. Pensando que efectivamente hay un compromiso con el dolor, con la tragedia, una responsabilidad colectiva de mantener viva la memoria. Esta postura implica la transmisión como una manera de elaborar, para dejar de repetir y para poder olvidar.
- Desde otra posición, sin embargo, la pregunta sería por qué creer que lo que nos pasó es

ejemplificador; o que se puede aprender algo de eso. ¿Cuál es realmente la capacidad de aprendizaje por la experiencia del otro? La verdad es que nadie aprende por los errores del otro. Volvemos a la pregunta, a la sospecha de un saber que se transmite sin que sea un deber de memoria, y también a la necesidad de seguir adelante luego y a pesar de las traumatizaciones extremas.

No cabe duda de que es un problema, en tanto precisamente no queda claro dónde, ni cómo hacer el corte. Cuándo, dónde, cómo poder decir y decirse 'es suficiente'. Creo que necesariamente esta debe ser una opción personal, no colectiva, la de negarse a continuar en la repetición, que como veíamos puede ser tan gozosa: 'Si usan su desgracia como si fuese un paraguas, ustedes estarán jodidos, y la experiencia del golpe de Estado y la dictadura no les habrá enseñado nada. No les voy a pedir disculpas por sostener palabras tan rudas, que también podrían parecer reaccionarias, pero debo decirles que si uno no enfrenta la realidad, se desacredita; y que sabemos que para cada uno de nuestros pacientes su actitud para mantener el coraje para su propia acción, está en función del nivel de coraje en el cual se ubicará su analista: en otros términos, un cobarde no sana a nadie. Eso es un principio que yo aprendo en psicoanálisis, pero que también vale en la política. ...No ignoro esta dimensión oculta, ligada al hecho clínico que es la culpabilidad del sobreviviente, '¿por qué yo estoy vivo, siendo que normalmente debí haber muerto, entonces, cómo voy a pagar mi deuda?', pues bien, se los voy a decir: Uno paga su deuda dejando de llorar, trabajando tranquilamente y cesando de rumiarse el deber de memoria, inclusive si uno está atormentado... Hay un verdadero goce del traumatismo, puesto que el traumatismo siempre es aquel del sexo y del significante. Y no hay nada que hacer.' (Op. Cit.).

La propuesta en psicoanálisis no podrá ser otra que escuchar esta rabia, este dolor de existir, pero sin obturar la preparación de respuestas propias a la existencia de cada cual; lo evidente es que

hubo una traumatización extrema en la sociedad chilena, radical; lo menos evidente es que esto no debiera obturar las preguntas que toda persona debe hacerse para encontrarse como sujeto en el camino de hacerse hombre o mujer. De lo contrario ¿por qué no creer, si esta identificación se cierra en este sentido, que su vida sólo vale verdaderamente en la medida en que sirve para que los otros no olviden, o que sólo vale como antesala de la muerte?

Lo que aparece como evidencia es que la historia no puede dar cuenta de lo real. No puede dar cuenta del pasado. Y esto es esencial si consideramos en este punto la posibilidad de ir más allá del 'deber de memoria' y enfrentarse a la soledad del encuentro con el propio deseo. Tanto la ilusión de los comienzos del psicoanálisis de que es posible colmar las lagunas, recuperar la verdad de lo acontecido mediante el recuerdo, poniendo así freno a la compulsión a la repetición; como la presunción de que se puede construir un sentido auténtico basándose en el sentido histórico, son alternativas que han visto su límite en las elaboraciones psicoanalíticas de Lacan y posteriores. En efecto, tanto pensar la historia como la verdad de lo que sucedió, línea más clásica o si se quiere, ingenua; como pensarla procediendo de la historiografía, es decir, de la fijación por escrito de la tradición oral, deformada, mistificada, en cuyo caso aparece más bien racionalizadora, justificadora, interesada, convirtiéndose en "piedra basal de mandamientos y de instituciones que ejercen la dominación en su nombre" (Braunstein, N, 1994) En ambos casos, no es más que el intento de aprehensión de un real inefable.

Llevando a la radicalidad esta postura, Braunstein ha señalado que la historia representada en los discursos sociales se prestaría admirablemente a ser un entramado de mentiras al servicio del poder, constituyendo su aportación "en la de un pesado fardo de sentido, de culpa. Es la historia oficial de un yo que cree dominarla porque la recuerda... De esta manera atenúa los efectos traumáticos de lo real inefable y lo somete a las normas de la

comunicación. El goce a descifrar es amaestrado, instalando en lugar de lo real desconocido, reconstrucciones confortantes." (Op. Cit. pag. 195).

Considerando entonces la posibilidad de una respuesta individual y no colectiva al problema del deber de memoria, vemos cómo el psicoanálisis pasa también desde un planteo en la búsqueda, recuperación, o construcción de lo que pasó, a un planteo que ya no es de historia sino de ética, y que tiene estrecha relación con la dirección de la cura y con la manera como la teoría psicoanalítica considera lo traumático como estructurante intrapsíquico que la vida entera se encarga de reeditar.

En efecto, a nivel subjetivo -no es ninguna novedad desde el punto de vista psicoanalítico- cada uno de nosotros ha debido atravesar necesaria y estructuralmente por ciertos eventos traumáticos que marcan el ingreso del sujeto al mundo simbólico, cuando este se apropia de -o es apropiado por- una determinada lengua y un determinado sexo, proceso que ocurre al costo precisamente del distanciamiento del goce primario. Estos primeros grandes traumas constituyentes y constitutivos de cada sujeto son: el trauma de la lengua o del significante (relacionado con la Madre como otro primordial, el goce y su pérdida irreparable), y el trauma de la sexuación (relacionado con la intervención del Padre como ordenador simbólico, y la elección del objeto sexual).

Repetiremos que desde esta mirada, que sitúa lo violento como un elemento presente desde el inicio en la estructura humana, el trauma es tan propio a la construcción subjetiva que podemos afirmar que toda la vida humana se ordenaría según esa latencia entre trauma y síntoma (este último como el saber no sabido del trauma).

Entonces, habrá que aseverar que la estructura está siempre y toda allí. Y que, por tanto, las búsquedas históricas deberán dejar paso a la sincronía de la organización significante, esa sincronía propia de lo inconsciente, que se organiza en la sesión analítica como discurso en una sucesión significativa. Y a ese respecto: "El tiempo, la historia, no es la

causa de ese proceso, procesión de palabras, sino hecho sorprendente, ambos son el efecto de lo que suceda a la palabra pronunciada, cosa que depende del que escucha, del analista y de su deseo. Pues la palabra no lleva en sí su verdad o falsedad, ni reproduce una "verdadera" historia sepultada. Ella no es causa, sino causada. El discurso entra en lo real, y ese acto de irrupción, hace historia, hace que las cosas ya nunca serán como fueron. Por eso el acto analítico ha de concebirse como instauración de un nuevo comienzo. Definitivo. En el análisis el sujeto no repite su historia: la hace." (Op. Cit. pag. 196-203).

Entonces, y ahora sí finalizando, el vuelco del planteo lacaniano con respecto a otras teorías psicoanalíticas, consiste en "descreer que es la experiencia del pasado la que llevaría a distorsionar la manera de percibir el presente y que habría de ser corregida por el contacto sostenido con un operador que tiene las llaves de la realidad, sino en la demostración de cómo es en la realidad misma, pretendiendo obedecerla y vivir de acuerdo con ella, donde el sujeto se extravía con relación a su deseo" (Op. Cit.).

Y es en el camino de reencuentro con ese deseo que lo habita pero que desconoce, deseo inconsciente mediante el cual el sujeto de hecho construye sin saberlo su historia, y que se manifiesta incesantemente y cuando menos lo espera enhebrando su vida, es así como el sujeto puede llevar a cabo esa tarea ardua, angustiante, de construirse a sí mismo, de hacerse sujeto sexuado habitante de un determinado lazo social.

Efectivamente, si decimos que la salida a las angustias derivadas del deber de memoria, necesariamente deben ser resueltas por cada quien, y no por una adscripción política colectiva, este abordaje implicará también la imposibilidad ética de acomodarse a la adscripción de una identidad de víctima por muy necesaria que se crea esta para la sociedad. La responsabilidad de atravesar por la angustia necesaria para descubrir qué lo mueve, por qué, cómo, hasta dónde, es un trabajo que

ninguna nominación puede evitar. La responsabilidad personal, va más allá de la que los discursos sociales, a pesar de su buena intención, proveen.

La valentía del sujeto se pone en acto al decir no, y alzarse en su singularidad y diferencia, asumiendo así su vulnerabilidad pero también su derecho a desear y buscar aquello que le da sentido a su propia vida. En soledad. Ante la experiencia del vacío. Sin garantías. Pero buscar.

Referencias Bibliográficas

- Braunstein, N.: 'El tiempo y la transferencia' en Freudiano y Lacaniano, Ed. Manantial, 1994, Bs. As.
- Czermak, M.: Conferencia dictada en el Instituto Chileno-Francés de Cultura, noviembre, 2003 (Transcripción).
- Gálvez, J.M.; Pastrana, I.; Venegas, F.: 'El proceso de retraumatización en personas afectadas por la violencia política. Un estudio exploratorio'. En Anales del V Congreso Iberoamericano de Psicología Jurídica, 2003, Santiago (Chile).
- González, M.: 'Trauma, memoria y reparación', en Psicología Jurídica: aproximaciones desde la experiencia. Edit. Elías Escaff y Francisco Maffioletti, UDP editores, 2004.
- Jedlicki, F.: 'El caso Pinochet. Recomposiciones y apropiaciones de la memoria', en Revista virtual ILAS.
- Pommier, G.: 'Transferencia y Estructuras clínicas'. Ediciones Kliné, Buenos Aires, 1999.
- Pommier, G.: 'El orden sexual', Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1995.
- Semprún, J.: 'La escritura o la vida'. Tusquets Editores, Barcelona, 1998.